

POSIBILIDADES EXTREMEÑAS

# EL RIO TAJO

(Vía, fecundidad y fuerza)

POR FERNANDO BRAVO.

Por el río Tajo, cuya corriente nace en el propio corazón de España, parece que ésta se desangra en un constante fluir inútil.

«Acaso no hay reino de alguna economía en el mundo que se aproveche menos del beneficio del agua de los ríos, que España», constataba el ilustre polígrafo P. Feijóo, y abundando en igual criterio, Ramón y Cajal, propugnaba que se aprovecharan todos los talentos que se anegan en la ignorancia y todos los ríos que en el mar se pierden. Y tenemos para nosotros que ambos españoles al sentar sus pareceres, pensaban fundamentalmente en el río Tajo.

Testigo rumoroso de portentosas hazañas—galanías de Floripes y Guido de Borgoña, luchas caballescó-fabulosas de Roldán y Fierabrás de Alejandría, amores nefastos del rey Rodrigo y Florinda la Caba, heroísmo y sacrificio de Moscardó—, númen inspirador de poetas y temple de espadas con brillos imperiales, el río Tajo es el más característicamente español de todos los ríos peninsulares. Y en su rápido huir al Atlántico semeja una viva flecha de acero con la que el más antiguo y recio de los dioses iberos apuntara al blanco que había de signar eternamente el destino español: descubrimiento, y salvación, de las Indias Occidentales, en cuyas tareas tan primordial papel jugaron las gentes extremeñas.

Poca cosa se aprovecha actualmente del río: unas cuantas aceñas, unos pequeños saltos que producen exigua energía, una arrobada de peces, tal cual incipiente derivación de agua para regadíos y alguna que otra—¡oh, «aurífer Tagus!»—briznilla de oro.....

Así pasa el río Tajo por España, tal que una pomposa y vacua banda honorífica cruzando el pecho de un noble hidalgo hambriento. Una estampa más de nuestra tragicómica picaresca.

Y, sin embargo, sus posibilidades son enormes. No pretendemos describir el río y su cuenca, ni mucho menos planear proyectos reservados a los técnicos especialistas; pero uno de los propósitos actualmente en marcha nos sugiere este comentario con el objeto de refrescar la memoria de nuestros paisanos y poner sobre el tapete de la contemporaneidad algunos de los intentos y realizaciones sobre navegación, riegos y producción de energía eléctrica, de que ha sido objeto el río Tajo.

La primera constancia histórica de la navegación fluvial en el Tajo, data de los fenicios, pueblo esencialmente navegante que exploró las costas africanas e ibéricas, llegando hasta las legendarias Islas Casitérides.

Que los fenicios llevaron a cabo una activa colonización en la hermana provincia de Badajoz y en las zonas costeras de Portugal, es algo perfectamente demostrado, así como que esta periférica labor se extendía hacia el interior si hallaba condiciones favorables, y ninguna mejor que la existencia de un río tan caudaloso como el Tajo, brindando una fácil vía de comunicación al pueblo que contaba el tiempo por singladuras. Pues una de esas penetraciones tuvo lugar en nuestra provincia, según la opinión de Ortí Belmonte, el que, al justificar la localización del tesoro encontrado en Aliseda y partiendo de la colonización fenicia en Portugal, escribe: «no cae, pues, fuera del campo de lo probable que al pasar por la grandiosa bahía de Lisboa y reconocer el estuario del Tajo, lo remontaran con sus naves, y después mediante alianzas y tratados con las tribus llegaran a Aliseda, cuya sierra ofrece un paso natural hacia Mérida y el Guadiana», sitios donde ya estaban asentados, afirmando también que las minas de hierro y la fertilidad de la región «hicieron más o menos duradera una civilización fenicia sobre Lusitania», que necesariamente añadimos nosotros, había de tener por eje de marcha, primero, y por cordón umbilical, después, el cauce del Tajo.

Durante la época romana es indudable que la navegación se mantuvo y aun se incrementó. Basta considerar el esplendor de la provincia lusitana por aquel entonces, cuyas huellas son palpables en nuestra región, pues son numerosos los vestigios de antiguas ciudades en terrenos hoy despoblados. Seguro exponente de prosperidad eran las vías y puentes, y así encontramos la gran «Vía de la Plata», (núm. 23 del Itinerario de Antonino), camino militar oficial, que de «Emérita» (Mérida) a «Salmántica» (Salamanca), atravesaba la que hoy es provincia cacereña de sur a norte, y que por «Turmulus» (en el lugar de Alconétar, término de Garrovillas), cruzaba el Tajo pasando por el puente *Mantible* que alzara Lucio Vivio, según descubrió Don Jerónimo de Sande; poco después se bifurcaba y mientras la calzada principal seguía por «Rusticiana» y «Cápara», un ramal se dirigía por «Caurium» (Coria) a «Miróbriga» (Ciudad-Rodrigo).

Otra desviación de la «Vía de la Plata» tenía lugar antes de la reseñada, poco después de pasar la primera mansión, «Ad-Sorores» (junto a Casas de Don Antonio), y se encaminaba a «Bracara» (Braga), salvando el río por el famosísimo puente que construyó Cayo Julio Lácer en la que había de ser «Brutóbriga» (la Alcántara de hoy, según sostiene Antonio Delgado); siendo de notar a nuestro efecto que tal obra, levantada a costa de once municipios de la comarca, no era un «opus publicum pópuli romani», o sea, que no lo costeó el pueblo romano, que no era una obra de carácter oficial, sino una obra comunal de unas cuantas poblaciones estipendiarias que con ella se beneficiaban, es decir, una obra particular que, como consigna Hübner, no formó parte de la red de calzadas públicas de la provincia. Ello demuestra la vitalidad pujante de la comarca en aquella época, capaz de acometer con sus propios recursos tal obra, pasmo de los siglos, y unido tal estado próspero de la región a la existencia del mejor puerto natural del mundo, «Ulisipo» (Lisboa), en la desembocadura del Tajo, podemos asegurar que por sus aguas, camino natural, económico y fácil, discurría la producción de la floreciente Lusitania.

Si ruedas y quillas acompañaban a las conquistadoras espadas y consolidaban pacíficamente la hegemonía de Roma, lógicamente el Tajo no podía ser, y no fué, una excepción en la política general de los Césares. Sostiene la afirmativa, Alzola y Miranda. Y en efecto, hasta «Morón», que sirvió de cuartel

al pretor Publio Junio Bruto, subían las naves. «Morón», que ya Estrabón menciona, se encontraba, según Paredes, a orillas del Tajo, en el lugar hoy conocido por «Castillo» o «Castillo de los Lucillos», cerca de Garrovillas, e inmediato al renombrado «Salto del Gitano», probable límite de penetración de los barcos fluviales a causa de lo angosto y anfractuoso del cauce del río en dicho sitio.

En tiempo de los árabes había una activa navegación en el Tajo, como documentalmente ha demostrado Viu; pero poco a poco la construcción de presas y aceñas impidieron aquélla.

Fueron Fernando e Isabel, los «Reyes Católicos», quienes primero pensaron seriamente en canalizar el Tajo, propósito que heredó su biznieto Felipe II, el cual al comprobar que para la erección de dos puentes de madera, uno en el río Tajo y otro en el Almonte, en el sitio de Alconétar, fueron traídas las piezas desde la Sierra de Cuenca, aprovechando la corriente del primero de los citados ríos, según se consigna en la Real Provisión (1) de 5 de febrero de 1569, y al contemplar como rey portugués, que también lo fué, el activo comercio fluvial que se realizaba entre Lisboa y Abrantes, ordenó en mayo de 1581 a su ingeniero Juan Bautista Antonelli que estudiara la posibilidad de hacer llegar la navegación hasta la imperial ciudad de Toledo.

Antonelli puso toda su gran capacidad al servicio del regio designio y ultimando los preparativos convenientes partió desde Lisboa en una chalupa, y el día 19 de enero de 1582 arribó a Toledo, donde fué acogido con el alborozo que es de imaginar. Por cierto que para proseguir el trayecto hubo necesidad de transportar la chalupa en un carro hasta dejar atrás la población, a causa de las muchas presas para molinos harineros que existían en la amplia curva con que a modo de ceñidor rodea el río a la ciudad. Subió río Tajo arriba hasta la confluencia del Jarama, a través del cual se remontó, y adentrándose luego por el Manzanares, se presentó en Madrid, rematando felizmente el itinerario emprendido.

La admiración que el viaje del arrojado Antonelli suscitó en la villa y corte, fué tan grande que Felipe II puso decidido empeño en realizar la magna obra de canalización del Tajo, hasta conseguir que las Cortes de 1583, celebradas en Madrid, hicieran suyo el proyecto real y aprobaran un repartimiento entre las poblaciones ribereñas por un montante de cien mil ducados, y tanta prisa hubo en comenzar las obras que en el propio año empezaron a surcar el río barcos de vela y remo portando aprestos y operarios para realizar los trabajos que habían de dejar expedita la comunicación fluvial. Es de llamar la atención el hecho de que si algunos procuradores en Cortes se opusieron, «los que más contradecían una cosa tan útil y provechosa eran los de Toledo, que tenían más obligación de favorecerla» como acertadamente comenta Garibay.

Antonelli, poseído del mayor entusiasmo, dirige personalmente las obras: dragados, construcción de diques y esclusas, demolición de obstáculos, acondicionamiento de riberas, etc. En 1584, el Rey, príncipes, infantas, damas y caballeros de la Corte, embarcan en Vaciamadrid y se dirigen hacia Aranjuez en dos naves especialmente construidas para el caso, y en 1585, utilizando los caminos de sirga, la navegación queda abierta desde el mar a Talavera de la Reina.

(Continuará).

(1) Existente en el Archivo Municipal de Garrovillas.

## ARTE

### Exposición de pinturas de Juan Caldera. †

En el aula de Dibujo artístico de la Escuela de Trabajo de Cáceres, tuvo lugar en Octubre del año pasado (1946) una Exposición, póstuma, de óleos de Juan Caldera. Se podían contemplar allí unas cuarenta obras de pintura de las más características del llorado autor. El éxito de público fué notable y el de venta, tal vez, uno de los más destacados, dado el ambiente económico-artístico de Cáceres. Se vendieron unos doce cuadros y uno de ellos fué regalado, por suscripción popular, a nuestro Museo: «Riberos del Tajo». Fué la última pintura de Caldera y con ella hubiera comenzado una serie de grandes paisajes cacereños. Por ello la obra quedó incompleta y acusa los tanteos y dificultades que presentan los asuntos nuevos a todo artista. Juan Caldera nos hubiera dado, sin género alguno de duda, magníficos paisajes. Hubiera podido trasladar al lienzo las amplias lejanías, los abruptos rincones de las sierras, los pardos y ondulantes barbechos, los encinares rumorosos, las ubérrimas vegas de nuestro variado paisaje.

Por otra razón creo yo un acierto, contra viento y marea, el que «Riberos del Tajo» vaya al Museo de Cáceres, no obstante los reparos que pudieran ponérsele. Ahí está para emulación y norte de los nuevos valores, que ellos y sólo ellos deben ser los que fijen en gratas pinturas las horas de la campiña alto-extremeña. Si la aman, si la comprenden, si la sienten, no deben dejarse arrebatar esta gloria; porque solo gloria y fama dará su interpretación al que acometa la tarea con fervor de buen hijo y técnica de pintor español. Nuestro paisaje está inédito y espera. Los apuntes de Juanito, los apuntes, entendámonos, dan ya, por sí solos, una deliciosa sensación artística. «El Pozo», «La Huerta», «Eucaliptus» y otros que no cito, pueden dar fé de mi afirmación.

Otros propósitos abrigaba nuestro buen amigo. Quería hacer algunas escenas de la vida campesina de Cáceres, entre ellas un tríptico grande basado en el tema de una poesía de Gabriel y Galán. La muerte dejó inédita esta pintura, como algunas más de tema análogo.

¿Hubieran sido llevadas a cabo tales obras? ¡Desde luego que sí! A mí me confiaba Caldera sus afanes y pensamientos y estoy firmemente convencido de que sí. Con lo cual Cáceres hubiera tenido un pintor completo. Un artista que se hubiera impuesto a las circunstancias marcando una edad nueva en las Bellas Artes regionales. Porque Caldera tiene en su haber un cúmulo de certeros valores: su objetividad, que no podía vencer porque la llevaba muy dentro de su espíritu; un dibujo seguro cuando tenía presente el natural; un color francamente ajustado al aire libre y a distancia igual de la fama